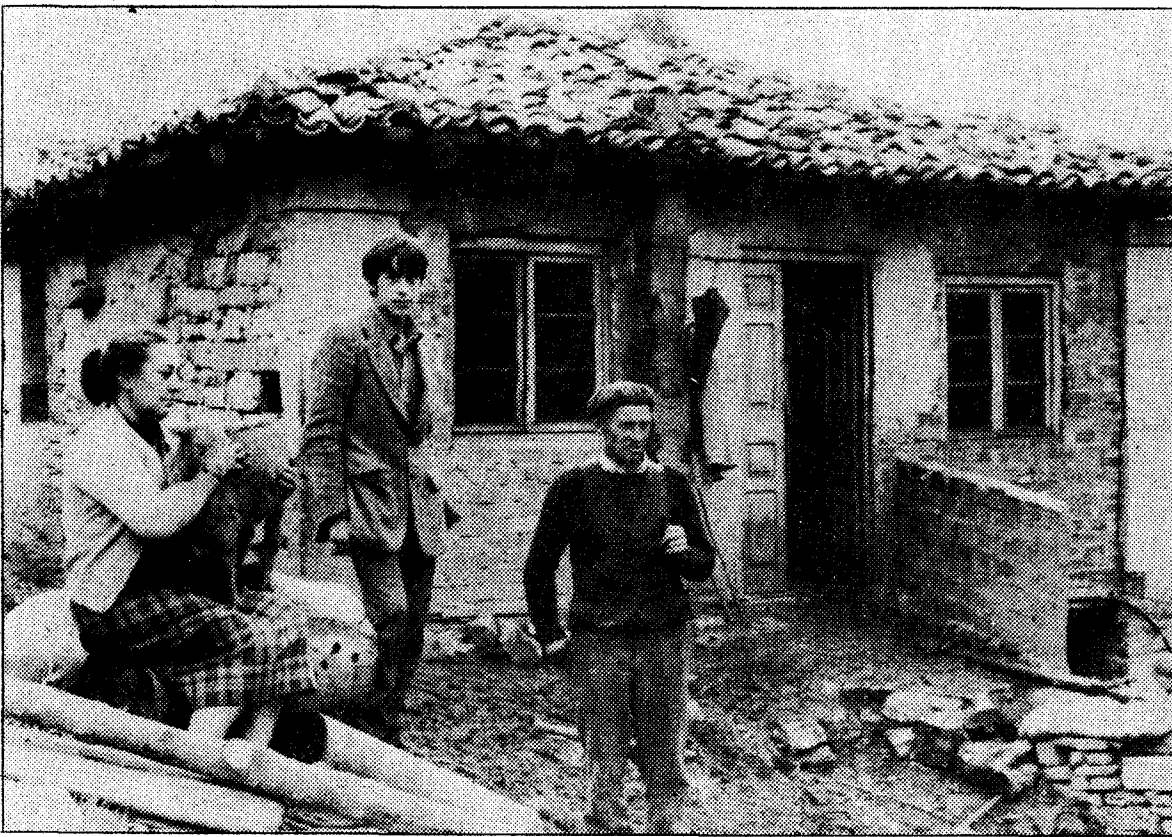


Verano del 86



La familia al completo: Balbino, su esposa madrileña María del Carmen y su hijo Luis Miguel, junto al joven cabrito que es uno más de los componentes de la familia



«El Bigaro» dejó los vagones de tren por volver a su pueblo y llevar junto a su familia una vida cerca de la naturaleza

FOTOS JOSE ENRIQUE CIMA

Convoca a sus vecinos de El Abedul, el pueblo más alejado de Belmonte y a mil metros de altura, mediante esta concha marina que ya lleva muchos años en el pueblo

Balbino Arnaldo «El Bígaro», el hombre de la caracola

El Abedul,
Rosa FUENTES

A casi mil metros de altura, en el pueblo de El Abedul, el último del concejo de Belmonte de Miranda, suena cada cierto tiempo una antigua caracola marina. El autor del sonido ya es conocido como «El Bígaro» y tras oír los toques en el alto de la montaña los vecinos se reúnen en el camino más central para tratar el asunto por el que se les ha llamado.

Esta singular llamada a reunión se hace cada vez que el regidor Balbino Arnaldo Antón considera necesario tratar algo vecinalmente. Unas veces es cuestión de urgencia, en caso de accidente; otras es porque el alcalde envía un bando que todos deben conocer y otras, las más abundantes, para llamar a la sestaferia.

La casa del regidor, al que ya todos llaman «El Bígaro», está en lo más alto del pueblo. Para hacer sonar la caracola, que ha sido bautizada como «el turuxu», primero se sube a una peña desde la que se contempla todo el valle y da los primeros toques. Luego, desde encima de otra piedra a modo de pedestal, saca el aire de sus pulmones para que el sonido llegue a las casas más alejadas.

Entre rocas y abedules

Para llegar hasta El Abedul, pueblo que hace honor a su nombre por la gran cantidad de este tipo de árboles que llenan sus montes, hay que recorrer una pista de varios kilómetros que fue abierta hace cinco años y que ahora se encuentra en pésimas condiciones. Durante los meses de invierno la nieve cubre el «Pico del hurro», «La Bobia», «El miro del catuoto», «Pana de Xenestaza», la «pena del diente» y, el «miro del cándano». Son picos de montes que rodean las casas que quedan incomunicadas teniendo por única vía la salida con los caballos para bajar a buscar la comida, el tabaco y el alcohol, que acompaña a soportar el frío.

Madrileño repatriado

Todo esto supuso un fuerte cambio para Balbino Arnaldo que pese a haber nacido en este



Balbino hace sonar la famosa caracola desde su puesto privilegiado para llamar a sus vecinos de El Abedul, al fondo

pueblo hace 48 años, muy joven se fue a Madrid para trabajar en el servicio de coches-cama de la Renfe. Allí conoció a María del Carmen Medina Gallego que trabajaba en Tabacalera y que abandonó la capital para venirse a vivir con el que ahora es su marido y regidor de El Abedul.

«Me repatrié de Madrid hace doce años porque echaba de menos esto y porque me encontraba enfermo del estómago. Cuando llegué aquí empecé a trabajar para que se abriera de nuevo la escuela, porque los niños tenían que bajar todos los días a Belmonte y era insostenible, sobre todo en invierno. Luego conseguí que nos hicieran la pista y los vecinos al ver que yo trabajaba para conseguir cosas

me nombraron regidor y me dieron el turuxu».

Oídos sordos

La última llamada de la caracola sonó hace tres meses porque durante el verano todo está más tranquilo. Al llegar el invierno aumentan principalmente los problemas porque hay que reunir a la gente para la sestaferia. A este respecto «El Bígaro» se queja de que hay algunos vecinos que hacen oídos sordos cuando llama para trabajar. Y es que depende de la hora en que suene la caracola el motivo de asamblea varía. Si es para la sestaferia da el toque por la mañana y si es para algo que afecte al pueblo en otro sen-

tido, la caracola suena a última hora de la tarde. La única señal que no tiene hora determinada es la de urgencia. En estos casos colabora también la voz de María del Carmen y la de su hijo Luis Miguel, de 16 años.

Hace unos días que una piedra rodó por la montaña y cayó encima de uno de los toros de su propiedad. Aunque cuando llegaron ya había muerto, todo el pueblo se movilizó para ayudarles y lo mismo ocurrió cuando en julio se quemó una de sus cabañas.

Procedencia desconocida

Aunque algunos dicen que «el turuxu» llegó a El Abedul proce-

dente de la Marina mercante, lo cierto es que nadie sabe de dónde salió ni por qué fue a parar a este lugar. Balbino Arnaldo dice que él la conoció desde siempre en el pueblo y que incluso es anterior a los tiempos de su abuelo. Ahora está rota por uno de los lados pero él mismo se encargó de ponerle cinta aislante para que no siguiera rompiendo. La trata con sumo cariño y cada vez que se acerca a la peña para hacerla sonar todo su cuerpo se alza por encima del pueblo mientras que el sonido de la caracola enmudece el canto de los pájaros.

Lo que nunca ha conseguido es haber asustado a los osos y a los lobos que se acercan a los pastos en busca de cabras y ove-

jas. Son animales que abundan mucho por la zona y que cada año devoran unas cuantas reses. En este sentido «El Bígaro» se queja por la actitud de la Consejería de Agricultura sobre las indemnizaciones por animales muertos por los osos: «Dicen que nos subvencionan las reses muertas pero casi la única forma de conseguirlo es que el guarda pille al oso con la presa entre los dientes, porque por aquí ya nos mataron unas cuantas y nadie nos pagó nada por ellas».

También quiere dejar constar que «este pueblo es el último del concejo no sólo en cuanto a distancia se refiere sino también en el trato que nos da el Ayuntamiento. Ni siquiera los familiares vienen a visitarnos porque llegar hasta aquí significa estropear los coches por lo mala que está la carretera».

La ilusión del regidor de El Abedul es ser recibido por el presidente del Principado, ya que según comenta tiene muchas cosas que decirle: «A la hora de sacarnos dinero todos se acuerdan de nosotros porque bien que pagamos impuestos como los demás, pero cuando se trata de que nos mejoren el pueblo o nos den dinero para que lo trabajemos nosotros mismos, entonces a todo el mundo se le olvida que vivimos aquí, en un sitio que no sólo es el último pueblo del concejo de Belmonte sino también uno de los más abandonados de Asturias».

Anécdota vecinal

Antes de que LA NUEVA ESPAÑA abandonara El Abedul, «El Bígaro» relató una de las anécdotas que han hecho famoso al pueblo en todo el concejo: Un día un vecino bajó a Belmonte a caballo y cruzó por encima de la hierba del parque. Entonces se le acercó un Policía Municipal y le puso una multa de veinticinco pesetas por haber pasado por allí. Ni corto ni perezoso, el vecino le dijo que le cobrara diez duros en vez de cinco porque a la vuelta, cuando terminara de hacer las cosas, iba a pasar por el mismo sitio ya que no entendía por qué su caballo no podía pisar la hierba. Lo más curioso es que el municipal le cobró las cincuenta pesetas y luego él atravesó de nuevo el parque.